

DE LOS *GENTLEMEN AND SCHOLARS* AL CAMPO INTELLECTUAL FILOSÓFICO

Graciela Bosch

UBA

Introducción

La formación del campo filosófico, de formación tardía con respecto a los estudios históricos y literarios, se inicia en la etapa positivista y su correspondiente reacción. Para determinar los alcances de este ámbito, retomaremos el concepto de “campo intelectual” de Pierre Bourdieu, como “universo sometido a sus propias leyes de funcionamiento y transformación”,¹ con independencia de la política, la religión o la economía.

Resignificado para nuestros exponentes locales, según Sarlo y Altamirano, con la profesionalización, lo filosófico se separa de otras prácticas sociales e inicia una reflexión sobre su propia identidad.² En este proceso comienza la conversión que culminará en la transformación del sujeto filosófico en técnico. Así, la filosofía se consagra luego de “años de estudios específicos en academias especializadas y [el agente filosófico] es juzgado según criterios internos a la disciplina misma”.³

Sin embargo, en el presente trabajo, pondremos en duda la inocencia política del campo. Siguiendo a Koselleck,⁴ consideramos que en la esfera intelectual no se llevará a cabo la inocencia sino la dialéctica entre la moral y la política. Así, bajo la apariencia de lo “no político”, el nuevo espacio profesional generará un poder político indirecto, incrementado por la distancia con respecto a la política oficial.

En lo que sigue, pondremos en confrontación dos estilos de pensamiento que representan formas distintas del quehacer académico. Así, Rivarola intentará que el estudio de la filosofía se ajuste a los cánones dictados por la profesionalización, mientras que Miguel Cané permanecerá en el viejo *stratum* del intelectual para quien los estudios

¹ Pierre Bourdieu (1995), *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, p. 318.

² Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (1983), “Argentina del centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, CEAL, Buenos Aires, pp. 71/72

³ Dotti, Jorge (1992), *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina desde el romanticismo hasta el treinta*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, pp. 150/1.

⁴ Reinhart Koselleck (1988), *Critique and Crisis, Enlightenment and the Pathogenesis of Modern Society*. The MIT Press, Cambridge.

universitarios realizados en la Facultad de Filosofía y Letras pertenecen al campo difuso de las humanidades.

1. Rodolfo Rivarola y la formación del campo filosófico

I.a. Búsqueda de identidad a partir de la diferenciación con el positivismo.

Consideramos que Rodolfo Rivarola, como primer profesor de la materia "Filosofía" de la Facultad de Filosofía y Letras, es un precursor de la formación de un campo autónomo filosófico académico, en primer lugar, porque advierte la necesidad de que la filosofía desde un puesto institucional, se "haga un hueco"⁵ en un medio indiferente o directamente hostil. Intentará satisfacer esta necesidad mediante la búsqueda de una nueva identidad que diseñará diferenciándose tanto de la filosofía oficial confundida con la política: el positivismo, como del ámbito retrógrado de una oposición que propone un retorno sin transformaciones: el espiritualismo católico que envuelve, en su crítica al positivismo, también a la tradición liberal, laica y civil de la nación. En segundo lugar, por su esfuerzo por administrar la cuestión filosófica "desde adentro". Como afirma el mismo Rivarola: "los obreros de la tarea tenemos que medir la aptitud y posibilidad de los medios propios de(l)[...] fin."⁶ Su objetivo será prescribir una nueva legitimidad, esta vez, sancionada "entre pares", al margen de criterios externos.

La necesidad de formar un espacio se revela en su diagnóstico presentado en "Actualidad política y los estudios de Filosofía y Letras", de 1917,⁷ de una filosofía ignorada por una sociedad materialmente saturada, que es necesario redimir. Pero Rivarola ya había iniciado esta redención dos décadas atrás, a partir del distanciamiento doctrinario del positivismo. En su "Discurso al inaugurar la cátedra de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires", del 16 de agosto de 1896,⁸ observa que si la filosofía construye su campo a partir de la autorreflexión acerca de su tarea, esta reflexión debe ofrecerse como contrapartida de la respuesta hecha. En tal sentido, el

⁵ Carlos Real de Azúa, "Modernismo e ideología" en *Punto de Vista*, Año IX, nro. 28, noviembre de 1986, pp.xii/xiv.

⁶ En Rodolfo Rivarola, *Escritos filosóficos*, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1945.

⁷ Rodolfo Rivarola, "Actualidad política y los estudios de Filosofía y Letras", en *Filosofía, Política, Historia* (1917) en *Escritos filosóficos*, op. cit. pp.171 y 176. De ahora en adelante, todas las citas que pertenezcan a esta publicación serán indicadas en el mismo texto, poniendo entre paréntesis el nombre del autor, el año de la obra y los números de página.

⁸ Rodolfo Rivarola, "Discurso al inaugurar la cátedra de Filosofía y Letras de Buenos Aires" (1896), en *Escritos filosóficos*, op. cit. p. 9. De ahora en adelante, todas las citas que pertenezcan a esta publicación serán indicadas en el mismo texto, poniendo entre paréntesis el nombre del autor, el año de la obra y los números de página.

positivismo, como doctrina políticamente funcional a la resolución de los problemas que la sociedad moderna presenta, se separa de ese ámbito.

Asimismo, en “Programa del curso de Ética y Metafísica” de 1907,⁹ en la misma dirección crítica al positivismo, justifica la introducción de la metafísica, vía la moral, con la inclusión de Kant en el programa de estudios, pero esta introducción está atenta a una doble oposición: Rivarola nos advierte que no construye la crítica al positivismo con elementos regeneracionistas porque, como liberal reformista, es defensor de la ciencia (Rivarola, 1907, 36). De este modo, la metafísica desafía al positivismo mediante la inclusión de la ciencia. En ese sentido, su introducción desbroza el camino para llegar más directamente a ella. Desde afuera de la ciencia, sabe Rivarola, acecha el regeneracionismo:

[Al examen crítico de la razón] no puede negársele el carácter de prolegómeno de toda metafísica, y sin la cual toda metafísica podría ser sospechada de mero artificio de la imaginación (Rivarola, 1907, 36).

b. Organización institucional-administrativa del campo

Desde un punto institucional-administrativo, este intento inaugural de un campo autónomo aparece en el “Programa del curso de Ética y de Metafísica”¹⁰, de 1904. Si articulamos este texto con “La actualidad política y los estudios de Filosofía y Letras”, observamos que el autor -fiel a su intento de velar la búsqueda improvisada de consagración, apoyándose en tradiciones que la solidifiquen- conduce la historización de la creación de la facultad de modo tal que ella se exprese en momentos que necesariamente lleven a la autodeterminación de esos estudios. Podemos describir estos momentos de la siguiente manera: 1. cómo fue proyectada esta creación y para qué, 2. qué se reglamentó formalmente, y 3. cuál es la función que, para Rivarola, debiera tener. Con respecto al primer punto, la Facultad de Filosofía y Letras fue pensada, antes de su creación, como institución supletoria de las falencias de los estudios de la Facultad de Derecho (Rivarola, 1904, 24). Sin embargo, la Facultad de Filosofía y Letras no cubrió esa necesidad y, en cambio, se abocó a la “preparación profesional para la enseñanza secundaria y superior” (Rivarola, 1917, 271) única función reconocida

⁹ Rodolfo Rivarola, “Programa del curso de Ética y Metafísica” (1907), en *Escritos filosóficos*, op. cit. De ahora en adelante, todas las citas que pertenezcan a esta publicación serán indicadas en el mismo texto, poniendo entre paréntesis el nombre del autor, el año de la obra y los números de página.

¹⁰ Rodolfo Rivarola, “Programa del curso de Ética y Metafísica” (1904), en *Escritos filosóficos*, op. cit. De ahora en adelante, todas las citas que pertenezcan a esta publicación serán indicadas en el mismo texto, poniendo entre paréntesis el nombre del autor, el año de la obra y los números de página.

administrativamente.¹¹ Pero, en *Actualidad política...* se lamenta porque en la preparación del profesor se dé prioridad a los elementos puramente técnicos, pedagógicos o metodológicos, que Rivarola repudia (Rivarola, 1917, 272).

Sin embargo, aquello impuesto por decreto -ya lo veía Rivarola en 1904- no se llevaría a cabo en la práctica. Frustrados los momentos anteriores, sólo queda, en el entramado construido por Rivarola, prepararse para *tomar la exclusiva dirección de la ciencia por la ciencia misma* (Rivarola, 1904, 25). Para llevar a cabo tal empresa, Rivarola apelará a su carácter de “obrero” de la filosofía. En el programa de 1904 aborda problemas tales como: la compatibilización de horarios,¹² el trabajo coordinado entre profesores de distintas cátedras,¹³ y los cálculos acerca de la extensión de los programas y la intensidad de los temas.¹⁴ Este sentido “profesional y administrativo” terminará de dibujar el campo en formación. Un nuevo orden, en espera de reconocimiento, se imprimirá sobre el viejo.

c. Doble movimiento de separación-adscripción de la política.

En tal sentido, recordamos que la autonomización relativa del campo intelectual tiene como su condición el distanciamiento con respecto a la política oficial. Pero esta separación no obedece sólo a las necesidades internas del campo, sino también a los requerimientos de la política. La formación específica de la actividad política será un eje fundamental por el que deberá pasar la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, por él fundada. La idea de que la política es una ciencia aparece en el primer número, en la enunciación de los propósitos de la publicación,¹⁵ recorre toda la revista y vuelve a

¹¹ [...] el único acto de administración en que se reconoció alguna aplicación a los estudios de esta Facultad fue el decreto del Poder Ejecutivo, en el Ministerio del actual ex-decano de la Facultad de Ciencias Médicas, que reglamenta la admisión al profesorado de los Colegios Nacionales, exigiendo la justificación de algunos estudios de la Facultad (Rivarola, 1904, 25).

¹² Un estudio ciertamente intensivo requiere un minimum de cinco horas diarias de estudios sin contar las de clase, lo que vale decir que si un alumno debe cursar simultáneamente cuatro materias, deberá estudiar veinte horas cada ida, y tener dos de clase, lo que es imposible (Rivarola, 1904, 15)

¹³ Si los alumnos de mi curso debían hacer un estudio intenso de Lógica y Metafísica, no podían seguir ningún otro curso [...] cada uno de los profesores de estos mismos alumnos, podría tener igual exigencia y superar entre todos la medida posible (Rivarola, 1904, 26).

¹⁴ el programa que presentó no responde en extensión ni su desarrollo en intensidad, a lo que correspondería si no pensara que mis alumnos no me pertenecen exclusivamente, y que otros tres o cuatro profesores comparten conmigo la tarea de hacerlos estudiar (Rivarola, 1904, 26)

¹⁵ En “Propósito de esta publicación”, artículo inaugural de la revista, que –como hace notar Rivarola– coincide con la asunción del nuevo gobierno, dice su autor: [...] *tal vez comience una nueva era y una nueva vida para el país, y novedad sería un régimen de gobierno para el que algo importara el estudio científico de los hechos y de los intereses nacionales [...] la ciencia política es ciencia de acción.* Rodolfo Rivarola, “Propósitos de esta publicación”, en *R.A.C.P.*, Tomo I, año I, nro. 1, del 12 de octubre de 1910, p. 8.

aparecer en el último número bajo su dirección, en 1917.¹⁶ En los casos primero y último citados, el mismo Rivarola se encarga de asociar las fechas de los artículos con acontecimientos políticos clave para el país. Pero advertimos que en esta pretensión de convertir a la política en ciencia se alude a algo más que al cumplimiento de ciertas condiciones del conocimiento. En estos casos, Rivarola pone énfasis en la política concebida como acción, de modo que las estipulaciones “científicas” se relacionan con la promoción de políticas que podrían ser más efectivas al diferenciar sus funciones de las propias del intelectual. En tal sentido, demarca los límites entre los hombres de letras y las funciones políticas, oponiéndose a la asociación entre ambos términos, que fue bastante corriente en su generación pero que, sobre todo, caracterizó a la generación anterior. De este modo, si los intelectuales se separan de la política para la conformación de su campo, la política también se separa de los intelectuales al requerir aptitudes específicas.¹⁷

Sin embargo, si bien, en principio, el autor concibe la política como acción, éste no es el único sentido que acuña para el término. Porque aún cuando, para Rivarola, las esferas intelectual y política no pueden confundirse, eso no significa que estén a la par. Por encima del universo de la acción, el autor coloca, como tribunal, la crítica. Así, la representación del conocimiento como tribunal moral hace decir a Rivarola:

La política universitaria no debe alarmar a los hombres de hoy que tengan otra política. La nuestra es a largo plazo, como los empréstitos de amortización compuesta al uno por ciento. (Rivarola, 1917, 278)

Nos parece entrever, en el doble planteo de Rivarola de separación-adscripción, una forma de ejercicio que coloca a esta generación de intelectuales en un punto irreprochable: el moral. La “política a largo plazo” propuesta por la generación de Rivarola, como puro ejercicio de crítica, les permite desprenderse de las acciones opacas de los sujetos de las prácticas y colocar entre éstos y aquellos una barrera inexpugnable. Estos “intocables” quedarán bien parados cualesquiera sean las contingencias políticas que surjan como consecuencia de su facticidad.

¹⁶ En “A un año de gobierno radical”, retoma un fragmento del artículo de Vicente Gallo: “Estudios político-sociales. Desde la cátedra”, publicado en el primer número de 1910, en el cual se afirma: *Han pasado ya las épocas en que era posible gobernar a los pueblos con solo patriotismo y buena voluntad.* Rodolfo Rivarola, “A un año de gobierno radical”, en *R.A.C.P.*, Tomo XV, 1917.

¹⁷ Se comprende la especificidad a la que apunta, entonces, cuando declara: *Repito una vez más que no entiendo que deba entregarse el gobierno, en cualquiera de sus aspectos y manifestaciones a filósofos, historiadores o literatos por ser tales.* (Rivarola, 1917, 274).

2. Miguel Cané y el discurso premoderno

a. Articulación de elementos epistemológicos y políticos.

Si bien la recurrencia a un tribunal racional-moral que legisla por encima de las políticas particulares constituye un motivo común en muchos intelectuales, sin embargo, en otros distritos, advertimos importantes disidencias entre Rivarola y otros actores de su generación. En tal sentido, las posiciones de Miguel Cané con respecto a la relación entre los estudios universitarios y la política, y a la importancia que le asigna a las cuestiones técnico-administrativas para la formación del campo intelectual filosófico, ilustran el contraste aludido.

En sentido opuesto a la afirmación de Rivarola sobre la especificidad de la política y de los estudios universitarios, en Cané encontramos una visión universalista, omniabarcante. Respondiendo a las mismas cuestiones que ocupaban al primero, esto es, la naturaleza y el carácter de los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, en el discurso pronunciado en el acto de transmisión del decanato,¹⁸ en 1904, Cané predica el “carácter científico y general” de los mismos. “Científicos” –nos aclara– “por su método y tendencias, generales por su altura y objetivo”.¹⁹ Su comprensión del carácter de la ciencia difiere notablemente de la sostenida por el movimiento positivista, del cual el autor se aleja, pero desde la perspectiva regeneracionista, rechazada por Rivarola. Así, dice Cané: *...la ciencia debe ser la región intangible, en la que sólo viven las verdades y las leyes comprobadas.*²⁰

El carácter de “intangibilidad” que le atribuye a la ciencia nos permite pensar que el autor está más cerca de la *epistémé* griega que de la ciencia experimental moderna. De este modo, el espíritu clásico es invocado en oposición a lo moderno, y lo moderno está directamente relacionado con el utilitarismo, “la fuerza y el egoísmo”, que el autor recusa para su círculo inmediato intelectual pero acepta para las orillas. Así, en el discurso pronunciado en el acto de colación de grados en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1901, considera un mal inevitable de toda sociedad nueva el desarrollo de aptitudes vinculadas a la competencia y a la lucha por la vida; al tiempo que promueve la “cultura intensiva del espíritu” para los que, “por obra de espontánea selección”,

¹⁸ Miguel Cané, “El espíritu universitario y el método científico”, en *Discursos y conferencias*, La cultura argentina, Buenos Aires, 1919. Discurso pronunciado en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1904, en el Acto de transmisión del decanato.

¹⁹ M. Cané, “El espíritu universitario y el método científico”, en *op. cit.* pp. 21/22.

²⁰ M. Cané, “El espíritu universitario y el método científico”, en *op. cit.* p. 32.

integrarán una “pequeña falange indispensable a toda vida nacional”.²¹ Habilidades para los afanes de la vida y aptitudes para la adquisición de la ciudadanía son los fines que, según nuestro autor, se proponen desde los nuevos planes de enseñanza.²² También parecen ser los del proyecto de Miguel Cané, pero separados. En tal sentido, describiré, en un registro premoderno, un proceso que será, a la vez, epistemológico y sociopolítico. En efecto, si los estudios universitarios, como lugar de “generalizaciones fecundas”,²³ facilitarán el camino a la *polis*; en cambio, la particularidad de las disciplinas específicas llevará a la lucha por la vida y la obediencia. Esta fusión de los dos órdenes –el del saber y el del poder- reproduce la noción de armonía clásica, a la que apela Cané. Así, el lugar fundamental que el autor asigna a lo universal, desde el punto de vista epistemológico, revela la visión holista de la preeminencia del todo, es decir, la existencia de un proceso finalístico a cuyo cumplimiento concurren las diversas partes y, desde el punto de vista sociopolítico, representa un proceso según un orden formado por distintas etapas jerárquicas, donde los superiores involucran y superan a los inferiores. De este modo, los conocimientos parciales se verán coronados por la filosofía, “resultante general de la infinita investigación particular”,²⁴ así como la comunidad de la *polis*, último eslabón de la cadena social, requerirá un sistema de estratificaciones fijas, como eslabones intermedios. Para tal fin, los destinados a la vida económica desarrollarán sus “músculos, puños y apetitos”,²⁵ mientras que los que aspiran a participar en el ejercicio ciudadano cultivarán el espíritu. La forma como Cané explica la distancia entre las ciudades y la universidad, en Estados Unidos, nos resultará ilustrativa al respecto: *Esos centros de educación [...] se levantan lejos de las ciclópeas agrupaciones donde el impetuoso genio de la raza concentra su acción y su poder. Las vibraciones del alma nacional llegan a ellos depuradas de todo elemento espurio, e incitan los cerebros [...] tras el ideal incomparable de mantener a la patria, en todos los rumbos del espíritu y en todas las fases de la actividad humana, a altura insuperable.*²⁶

El modo de alcanzar la ciudadanía, esto es, merced a y con exclusión de los destinados a la vida económica, reproduce la concepción clásica del acceso del hombre libre a la cosa pública; reproducción que es afín a la concepción de un mundo de

²¹ M. Cané, “La enseñanza clásica”, en *Discursos y conferencias*, *op. cit.* pp. 47/48. Discurso pronunciado en 1901, en el acto de colación de grados en la Facultad de Filosofía y Letras.

²² M. Cané, “La enseñanza clásica”, en *op. cit.*; p. 46.

²³ M. Cané, “El espíritu universitario y el espíritu científico”, en *op. cit.*, p. 25.

²⁴ M. Cané, “La enseñanza clásica”, en *op. cit.* 40.

²⁵ M. Cané, “La enseñanza clásica”, en *op. cit.* p.46.

²⁶ M. Cané, “La enseñanza clásica”, en *op. cit.*, p.50.

jerarquías predeterminadas, de dependencias de las partes entre sí y con el todo. Al respecto, Oscar Terán dice: [...] *el proyecto de Facultad de filosofía y letras que (Cané) imaginó permite replicar la representación de una sociedad escindida entre habitantes laboriosos, prácticos e instruidos en una especialización científica, por un lado, y por el otro, un sector letrado, dotado de la máxima espiritualidad y universalidad.*²⁷

b. Administración de los estudios universitarios.

Probablemente, ese estar más allá de las parcialidades técnicas sea el motivo que lleva a Cané a mostrar indiferencia frente a las cuestiones relativas al campo terrenal de producción cultural en formación. Estas cuestiones ocuparon gran parte del debate parlamentario sobre la Ley Avellaneda, que rigió los destinos de la universidad desde 1885, comprendiendo el período durante el cual Cané fue decano de una de sus facultades. Esta Ley, que surge como requisito para la reestructuración universitaria, urgida por su nacionalización, ocurrida en 1881, tuvo como trasfondo la indefinición de un perfil que le impidió superar la confrontación entre los estudios humanísticos y profesionales, que absorbía los debates de la época,²⁸ y poner fin a las turbulentas relaciones entre los estudiantes y los miembros de la universidad. Con respecto a la primera confrontación, en ella estaba en juego también la dependencia o autonomía con respecto al Estado. En efecto, los partidarios de la formación humanística tendían a favorecer, para la Universidad, la total independencia del Estado, desde el punto de vista económico y pedagógico, y se mostraban partidarios de incrementar el carácter científico; los partidarios de la formación profesional, en cambio, reclamaban una autonomía relativa y circunscribían la aplicación profesional a límites estrechos, con prescindencia de la profundización en materia científica.²⁹ Con respecto a las turbulencias estudiantiles, que pusieron en evidencia la crisis universitaria, éstas tuvieron lugar, en primer término, en los episodios de la Facultad de Medicina, en el verano de 1872-73, y en la de Derecho, en 1871. Para Halperin Donghi, el escenario de las primeras crisis, que será recreado en las siguientes, presenta a un cuerpo de profesores que carece de la preparación científica

²⁷ Oscar Terán (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, p.75.

²⁸ Norberto Rodríguez Bustamante (1959), Introducción al *Debate parlamentario sobre la Ley Avellaneda*, Universidad de Buenos Aires, p. 34.

²⁹ Rodríguez Bustamante, *op. cit.*, pp. 34/36.

que, sin embargo, exige a sus alumnos. Éstos, desde una oposición intransigente, reclaman una renovación cultural que se les escamotea por razones de comodidad.³⁰

En este contexto, si bien el debate previo a la sanción de la Ley se concentró en cuestiones tales como la provisión de cátedras y la destitución de profesores, la autonomía universitaria y la composición de las facultades,³¹ sin embargo, omite ocuparse sobre las finalidades pedagógicas de la Universidad, o el papel que los estudiantes podrían desempeñar en el gobierno de las facultades.³² Pero la formulación de la Ley, que sólo establece unos pocos principios, sin legislar sobre los pormenores, deja abierto el camino para que la iniciativa de los responsables directos de la institución pueda decidir respecto de sus reglamentos y estatutos, de acuerdo a su crecimiento y la fluctuación de las ideas.³³ Al respecto, en contraste con el cuidadoso diagrama que el profesor Rivarola establece para la gestión universitaria, el decano afirma: ... *todas esas cuestiones de detalle, de cómo debe nombrarse el rector, de quiénes componían la academia, de la inclusión o no de los profesores en ella, de la resurrección del antiguo claustro, me dejan relativamente frío.*³⁴

Nos preguntamos si “las generalizaciones fecundas” a las que Cané recurre para señalar “la buena concepción de la idea universitaria”³⁵ estaban en la raíz del reclamo de los estudiantes de principios de siglo. Nos preguntamos también si los requisitos de admisión que Cané propuso para los alumnos de filosofía –“grandes ojos vagos y llenos de infinitas interrogaciones”-³⁶ pudieron suplir la seria formación técnica que Halperin Donghi atribuye a los estudiosos que diez años más tarde sucederían a “esos *gentlemen and scholars*” que identificaron la vocación intelectual con “una fatal marca del destino”.³⁷

³⁰ Tulio Halperin Donghi (1962), *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, EUDEBA, Buenos Aires, p. 79.

³¹ Rodríguez Bustamante, *op. cit.* p.53.

³² Rodríguez Bustamante, *op. cit.* p.56.

³³ Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, *op. cit.* p. 91. Rodríguez Bustamante, *op. cit.*, p. 52.

³⁴ M. Cané, “El espíritu universitario y el método científico”, en *op. cit.* p. 25.

³⁵ M. Cané, “El espíritu universitario...”, en *op. cit.*, p. 25.

³⁶ M. Cané, “La enseñanza clásica”, en *op. cit.* p. 48.

³⁷ Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, *op. cit.*, p. 102.